

MELISSA DE LA CRUZ

NUNCA JAMÁS



LA ÚLTIMA HADA
CRÓNICAS DE NUNCA JAMÁS - LIBRO I

MELISSA DE LA CRUZ

NUNCA
JAMÁS

LA ÚLTIMA HADA

CRÓNICAS DE
NUNCA JAMÁS

—
LIBRO I

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *Never After. The Thirteenth Fairy*
Publicado por primera vez por Roaring Brook Press.

1.ª edición: marzo de 2022

© Del texto: Melissa de la Cruz, 2020
© De las ilustraciones: James Madsen, 2020
© De la ilustración de cubierta: James Madsen, 2020
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño de cubierta de Elizabeth H. Clark y Aurora Parlagreco

ISBN: 978-84-698-9134-6
Depósito legal: M-3429-2022

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A toda la magia que hay en mi vida.

*A mi familia, Mike y Mattie,
para siempre jamás.*

*A mis amigos que creyeron,
Jen Besser y Richard Abate.*

ÍNDICE

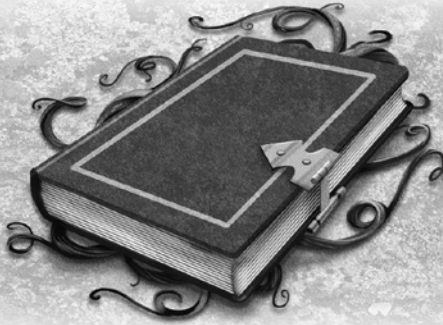
Prólogo: La no invitación	13
PRIMERA PARTE	23
Capítulo uno: La chica	25
Capítulo dos: El libro	34
Capítulo tres: El chico	42
Capítulo cuatro: Las series	50
Capítulo cinco: El amigo	62
Capítulo seis: La familia	68
Capítulo siete: La panda de la pasta	78
Capítulo ocho: Los árboles	90
Capítulo nueve: La caza	99
Capítulo diez: Tartas de cafetería y la flauta del flautista de Hamelín	109
Capítulo once: Nunca Jamás	119
Prólogo: La no vista	127
SEGUNDA PARTE	131
Capítulo doce: El viaje de Jack	133
Capítulo trece: El viaje de Filomena	142
Capítulo catorce: La casita	148
Capítulo quince: El ataque	154

Capítulo dieciséis: La batalla	162
Capítulo diecisiete: El rescate	169
Capítulo dieciocho: El banquete	176
Capítulo diecinueve: La marca	184
Prólogo: La no devorada	191
TERCERA PARTE	197
Capítulo veinte: El regreso	199
Capítulo veintiuno: Sueño escolar	206
Capítulo veintidós: Vuelta a los libros	215
Capítulo veintitrés: Nunca digas nunca	225
Prólogo: La no asustada	233
Capítulo veinticuatro: El regreso	236
Capítulo veinticinco: En el Profundo	245
Capítulo veintiséis: La exhibición de fuerza	253
Capítulo veintisiete: Prueba de voluntades	263
Capítulo veintiocho: El acertijo	269
Capítulo veintinueve: Fuego y sangre	277
Capítulo treinta: Sastre, zapatera y diseñadora de moda	288
Capítulo treinta y uno: Preparando el regreso	298
Capítulo treinta y dos: Troles en el puente	306
Capítulo treinta y tres: Secuestrados	313
Capítulo treinta y cuatro: Menú de taberna	319
Capítulo treinta y cinco: Alistair Bartholomew Barnaby	327

Prólogo: La no conocida	333
CUARTA PARTE	337
Capítulo treinta y seis: Al bosque	339
Capítulo treinta y siete: A casa de la abuelita..	345
Capítulo treinta y ocho: Cazador y cazada ..	350
Capítulo treinta y nueve: El reino de la lám- para	358
Capítulo cuarenta: Travesía por el desierto ..	369
Capítulo cuarenta y uno: La caverna	379
Capítulo cuarenta y dos: Oscuridad	383
Capítulo cuarenta y tres: ¡Que viene el lobo!..	387
Capítulo cuarenta y tres: Ira de ogro	392
Capítulo cuarenta y cinco: Las reglas de la magia	397
Prólogo: La no escrita	401
Capítulo cuarenta y seis: Victoria	405
Capítulo cuarenta y siete: Más aventuras a la espera	410
Agradecimientos	419

PRÓLOGO

LA NO INVITACIÓN



Érase una vez, hace mucho mucho tiempo, once hadas que hicieron piña, reunidas en Palacio por el nacimiento de una niña. Once nada más, pues la duodécima estaba muerta y la decimotercera desaparecida. Previamente se había sellado, enviado y entregado una invitación para cada hada, excepto la decimotercera: un requerimiento formal para acercarse a bendecir a la dulce princesita recién nacida.

Todo Nunca Jamás había llegado a Westfalia para celebrar aquel día largamente esperado. Había allí criaturas viejas y nuevas, de toda altura y color, desde dragones grandes como torres, cuya armadura de escamas tenía destellos verdes y dorados, a verrugosos duendes y enanos revoltosos. Había enanitos de jardín sentados sobre setas venenosas y diminutas hadas batiendo sus alas de libélula, esbeltas sílfides del bosque y avejentadas arpías. Había mercaderes y mozos de granja, pajes y ordeñadoras. Había grandes duques y magníficas damas, y demasiados espectadores como para ponerse a contarlos. Pues el reino entero había contenido la respiración por innumerables noches, e innumerables almas habían pedido deseos al paso de incontables estrellas por la salud de cada dedito de la mano o del pie de la recién nacida. Pero ahora ya se podía exhalar el aire contenido.

¡Una nueva princesa! El precioso futuro del reino.

El día del bautizo, el apuesto rey Vladimir y la hermosa reina Olga se sentaron en sus tronos, con una resplandeciente sonrisa en los labios y los dientes blancos, brillantes, cegadores. Una deslumbrante exhibición de orgullo y generosidad en una fiesta al aire libre de impresionante fastuosidad.

Era casi como magia, como si, con un chasquear de dedos, hubiera sucedido al fin. ¡Tachán!, un bebé. Todo lo pasado había quedado atrás. Un regalo reciente, magnífico, de ensueño, libre del desgraciado pasado.

Y, sin embargo... Sin embargo...

Había una intención detrás de cada espejo.

¿Qué era aquello? Si uno escuchaba atentamente, podía oír en la distancia una risa maníaca. Pero nadie la oía, porque nadie quería oírla.

El bebé... La princesa Eliana... Hacía mucho que la esperaban con anhelo. Decir que deseaban con toda el alma su llegada sería decir muy poco. El rey y la reina habían caído en la desesperación, ansioso a aquella niña. La criatura llegaba procedente del mundo de los sueños.

La princesa Eliana estaba cómoda y calentita, envuelta en gasas y algodones, en buenos deseos y en polvo de luna. Había recibido una bondadosa mirada de cada uno de los invitados allí reunidos, y cada momento transcurrido era su propio milagro, diminuto y fugaz. La felicidad revoloteaba por el aire dejando chispas de dicha y maravilla a su paso. Era una satisfacción universal posar un beso en las yemitas de los dedos de la niña.

Pero pasaba algo. Algo, sí: había algo peculiar. Nadie podía decir qué era, ni examinarlo en profundidad. Nadie quería mirar a través del velo de apretadísimo encaje, pues el soberbio lujo distraía y desviaba la atención.

¡Por supuesto! Festejemos los platos y pastas y pasteles preparados para todos. Arándanos y fram-buesas, sorbete de limón y tarta de sabrosas capas. Vinos y licores, baile y bebida. Contemplemos los elaborados vestidos, las alhajas y las coronas.

Pues aquello era una invitación abierta. Para todos y cada uno.

Para todos... salvo una.

Los miembros de la corte comentaban entre ellos, transmitiendo rumores y especulaciones que susurraban a diversos oídos curiosos. Había preguntas espolvoreadas con una pizca de miedo e inquietud:

—¿Dónde está Carabosse?

—¿Dónde está el hada decimotercera?

—¿Qué pasa con su bendición?

La corte murmuraba y susurraba, preocupada y ansiosa. A Carabosse, la decimotercera hada, la más poderosa de todo Nunca Jamás, no se la encontraba por ningún lado.

No le habían enviado ninguna invitación.

Más bien lo contrario.

Una no-invitación, si queremos llamarla así.

Ha llegado por fin la princesa primeriza,
y hoy la corte entera la bautiza.

Pero tú eres la diferencia:

no se cuenta con tu presencia

ni ahora ni cuando se despose.

NO TE ACERQUES, CARABOSSE.

Arpas y flautas tocaban melodías de canciones de cuna para el bebé real de sonrosadas mejillas y brillantes ojos de cobre. La niña bostezó, se desperezó, gimió. Y lloró. Y siguió llorando un poco más.

Reclamaba a su madre.

¡Su madre!

¿Dónde estaba su madre?

¿No estaba allí, en el trono? ¿Llevándose un cáliz a los labios, descuidada de los lloros de su dulce hija?

¡No!

Aquella no era su madre.

¡No!

Aquella mujer que estaba en el trono... no era su madre. La madre, a la que no llegaría a conocer, no estaba allí.

Su madre estaba muerta. Muerta y enterrada. Pudriéndose en la tierra.

La difunta reina Rosanna nunca tendría en brazos a su hija, la recién nacida, delante de la corte, el centro de aquel nuevo mundo que seguiría girando sin ella.

Porque la reina Rosanna estaba muerta.

Y la mujer que estaba en el trono, casada con su padre... Aquella mujer no era su madre.

¿Solo habían pasado unas semanas desde que el rey Vladimir se arrodillara ante la tumba de la reina Rosanna, llorando? Eso no parecía posible, pero así era. Solo habían pasado unas semanas. Prácticamente solo unos días. Un tiempo insuficiente para un duelo adecuado. No había habido tiempo para llorarla. Un rey había perdido a su reina y, sin embargo, no se habían entonado marchas fúnebres, ni se habían arriado banderolas en su recuerdo. No se habían presentado respetos a la previa esposa, ni lágrimas, ni años de espera. Ni siquiera un simple momento de reflexión.

Ni siquiera un «¿y si...?» prendido en la lengua.

Sin panegíricos, con la tierra de la tumba aún suelta, el rey Vladimir se había vuelto a desposar. Como si hubiera inspirado aire al pasar ella y hubiera después exhalado una nueva vida.

Allí estaba él, sentado orgulloso con su nueva esposa, la reina Olga, y su querubín, la ya famosa princesa Eliana.

Pero, lo que raramente se mencionará en las historias que lo recuerden, es que la decimotercera hada, el hada no invitada, el hada Carabosse, era la hermana de la difunta reina Rosanna, y por tanto la tía de la princesa Eliana.

Carabosse había advertido a Rosanna sobre el mundo mortal, la había advertido contra abandonar la seguridad del bosque. Pero Rosanna no le había prestado oídos. Rosanna cedió su magia para seguir su corazón, y ahora estaba muerta y enterrada bajo tierra.

Sin embargo, Carabosse estaba muy viva.

Y, al final, había llegado.

Pese a la no-invitación.

Un silencio febril recorrió la corte cuando entró Carabosse, seguida por la cola de su vestido. Los cuentos contados a partir de aquel día hablan de una fea bruja, jorobada y marchita, de un hada encantadora malvada y amenazante. De una bruja malvada vestida de negro, con los ojos como brasas y una voz de serpientes y lija.

Los cuentos se equivocan. Los cuentos son falsos y retorcidos.

Pues Carabosse era de una belleza asombrosa.

Alta y morena, salvaje y llamativa. Tenía los largos rizos negros de Rosanna y sus pómulos recortados, sus labios como pétalos de rosa y su porte majestuoso, pero los ojos de Carabosse no se parecían a los de su hermana. Los ojos de Carabosse eran tan negros como la noche y tan hondos como las profundidades del océano. Su vestido era de gasa y ébano, bañado en oro y brillante con la luz de mil luciérnagas. Sus pies desnudos apenas tocaban el suelo. No caminaba, sino que se deslizaba por la sala de baile sin producir sonido alguno.

La música se detuvo. Las criaturas se quedaron paralizadas. La preocupación reverberaba y rebotaba en los muros del castillo. Una quietud misteriosa perturbó el alegre salón. Nuevos susurros brotaron de los labios. Voraces tragos se convirtieron en silenciosos sorbos. Y entonces diversos dedos se alzaron, apuntando todos a Carabosse.

—¡Al fin! ¡Ha venido!

—¿Qué irá a hacer?

—¿A qué habrá venido?

Ella miró a sus hermanas, las hadas reunidas todas en fila, con pena, y muchas agacharon la cabeza de vergüenza. Carabosse, la mayor y mejor de

ellas, caminó con paso decidido hacia la cuna de su sobrina, un trineo de madera cubierto de bramante y enredadera, y levantó en los brazos al amado bebé de su hermana. Aquella niñita era cuanto quedaba de su querida Rosanna. Su corazón casi estalla a la vista de la niña. El parecido le resultó asombroso: era casi como si estuviera viendo los ojos castaños y cálidos de su propia hermana.

Le susurró algo al bebé en voz bajísima, y después inclinó la cabeza para besar a su sobrina robada, a la que otra mujer reclamaba como propia. Su primer momento juntas también fue robado, por un grito penetrante.

La reina Olga miró de soslayo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Devuélveme a mi hija!
—gritó.

—Tu hija —repitió Carabosse, elevando muy despacio su ceja perfectamente arqueada al tiempo que se volvía hacia la nueva reina—. Tu hija...

—Mi hija —aseveró la reina Olga, con ojos como brasas encendidas y una voz de lija y serpientes.

—He venido a otorgar mi bendición —dijo Carabosse.

Y toda la corte contuvo la respiración...

PRIMERA PARTE

En la que...

Filomena Jefferson-Cho se embarca
en una aventura inesperada.

Jack el Barruntador de Gigantes
entra en escena para llevársela
a Nunca Jamás.

Nuestros héroes son atacados
y escapan justo a tiempo.

CAPÍTULO UNO

LA CHICA



Filomena Jefferson-Cho camina por la acera, mirando hacia el suelo y preguntándose si habrá en el bordillo más grietas que cosas terribles le han pasado a ella el día de hoy. Porque en su pequeña, somnolienta y perpetuamente soleada ciudad de Pasadena Norte, en California, en la que nunca pasa nada, se está dando cuenta a toda prisa de que si algo puede ir mal..., irá mal.

Al menos para ella.

El colegio ha sido una mierda. Se ha dejado el portátil en casa, cosa que le ha supuesto una automática sanción; en la cafetería se les había acabado el batido de chocolate «bueno»; ha sacado un aprobado raspado en su examen de Álgebra para alumnos adelantados. Y aunque ella es la única alumna de sexto que cursa el Álgebra de octavo, lo cual es ya de por sí un honor, la cosa le ha escocido.

Y lo peor de todo: su mejor amiga, Maggie Martin, la ignora actualmente y sale con los *Giovanni Tortellini*, los chicos ultrajantemente ricos que piden la pasta superguay que reparte el restaurante pijo que hay al otro lado de la calle; a diferencia del resto de la clase, que hacen cola para conseguir un almuerzo caliente o se comen el consabido sándwich de mortadela vegana, como hace cada día Filomena. Pero aquel día también ha tenido algunas cositas buenas, cosa que Filomena agradece. Uno, que sus neuróticos y sobreprotectores padres le han permitido por fin, por una vez, ir a algún sitio caminando sola. Dos, que hoy ha salido el decimotercer y último libro de la serie *Nunca Jamás*.

¡Oh, alegría! ¡Oh, felicidad profunda! ¡Un nuevo libro! ¡Y no un libro cualquiera, sino el último de la

serie! ¡Todas las preguntas tendrán respuesta! ¡Rescatarán a la princesa! ¡Perderán los malos! ¡El periplo del héroe concluirá al fin en victoria!

Es la mejor cosa que haya sucedido desde que salió el último libro de la serie. Tal vez la mejor cosa que haya sucedido desde que saliera el último teléfono inteligente, el que tiene la mejor cámara y el emoji parlante. (¿O eso pasó hace dos teléfonos inteligentes? ¿Quién puede llevar la cuenta?).

Filomena no puede contener la emoción, sobre todo porque le dejan que lo coja por sí misma. Sus padres nunca le han permitido que vaya sola a ninguna parte, ¡y ya tiene doce años, por todos los Kit Kats británicos! (Sí, por todos los Kit Kats británicos. Son más pequeños y, sin embargo..., de algún modo, son más chocolate. Los prefiere a la versión americana, más grande y muchísimo menos sabrosa. Ha descubierto que la mayoría de las cosas no tienen por qué ser mejores por el hecho de ser más grandes).

Pero, volviendo al tema: la manera en que la sobreprotegen ha llegado a un nivel asfixiante. ¡Muchos días apenas consigue respirar! Se merece cierta libertad, un poco de confianza de vez en cuando. Quedar una o dos veces para jugar con alguien, tal vez... Montar en bici o en patinete sin casco y sin ese miedo irracional y

abrumador a los chicos malos que puedan merodear por allí cerca, esperando para atraparla...

Pues, desde que recuerda Filomena, sus padres han estado hablando de todo tipo de abducciones, hasta de leyendas de hadas que roban niños y dejan a otro suyo en su lugar. Sus padres tienen una imaginación muy viva. (Son escritores: eso forma parte de la profesión).

Los padres de Filomena la tratan como si fuera un tesoro muy preciado, un regalo muy querido. No tienen ni idea de que la mayor parte de la gente, en realidad, la evita. O la maltrata. O se ríe de ella. Por lo menos eso hace la gente de su edad. Los demás, por regla general, no se muestran nada interesados en ella. Pensándolo bien, tal vez fuera mejor que la secuestraran las hadas.

Tal vez las hadas se portaran con ella mejor que la mayoría de los de su edad. Tal vez si estos fueran medio cabras medio humanos, si tuvieran cuernos y la piel verde brillante, no se burlarían del aspecto de ella, no le preguntarían de dónde venía (era de aquí) ni se preguntarían groseramente si era negra o amarilla o blanca o qué demonios era (era todo lo anterior). Que quede claro: ella tenía el pelo moreno y rizado, los ojos negros en forma almendrada, y la

piel del color del coñac. Tal vez las hadas no pensarán que era rara por leer demasiado; en su lugar, le harían preguntas... o le arrancarían el cerebro para examinarlo. Ah, no, los que hacen eso son los extraterrestres, no las hadas, y no tendría ninguna gracia que le arrancaran el cerebro...

En cualquier caso, eso no les importa a sus padres. El caso es que a Filomena nunca la dejan que vaya sola a casa desde el colegio. Ni que vaya a ningún sitio sola, en realidad. Han dejado claro como el cristal que lo de esta tarde sería una excepción que no se repetirá, y solo porque saben lo importantes que son para ella los libros de Nunca Jamás. Y dado que tanto su padre como su madre tenían compromisos laborales inesquivables, ninguno de los dos podía llevarla en coche a la librería.

Aun así, pese a todo su comportamiento sobreprotector y asfixiante, Filomena quiere a sus padres. También quiere a su cachorra pomerania, Adelina Jefferson-Cho. Y a su pececito, que compró como «carpa de segunda categoría»: Serafina Jefferson-Cho.

Los llamó de ese modo para que pareciera que todos pertenecían a la misma familia. Algo así como esos padres que ponen a todos los niños nombres que riman (Stan, Jan, Fran) o nombres que comienzan con la misma letra (Carrie, Corey, Caitlyn).

Es como decir a gritos: «¡Eh, que somos todos de la misma familia, por si no te dabas cuenta por nuestro parecido!».

Pues, eso está claro, nadie podría verlo por el parecido de los Jefferson-Cho. Filomena es adoptada. Su padre es coreano-filipino y su madre es británica. Nadie en su familia se parece a los demás. Y a pesar de la compasión y bondad de sus padres, y a su profundo y pertinaz amor, a menudo se pregunta si tendrán idea de cómo se siente. De cuánto puede molestar el no saber cómo son los parientes biológicos de uno ni cuál es su aspecto. Del hecho de que una se siente muy poco especial, ya de entrada, por el hecho de saber que fue entregada en adopción. Y no importa lo muy especial que sus padres la hagan sentirse.

Así que sí, la palabra «familia» significa mucho más para ella de lo que pueda significar para otros niños de doce años. Significa casi tanto como el cantante de ojos de cordero que abandonó la banda masculina más sexi para emprender una carrera en solitario. Sí, Riley Raymond seguramente significa tanto para la gran mayoría de las chicas de su edad, e incluso para un enorme número de chicos. Los chicos varones podrían no admitirlo porque los demás niños

pueden ser muy malvados: pinchan y pinchan y pinchan por cualquier cosa que uno tenga de diferente.

Filomena odia esa actitud de los seres humanos tanto como adora el pelo castaño y lacio de Riley Raymond y su voz de falsete.

¿Qué más adora ella? Muchas cosas. Bueno, no quiere ninguna cosa, animal, padre ni estrella pop en ningún orden particular. Sin embargo, lo que podría querer por encima de todas las cosas (no se lo digas a sus padres) son los libros de la serie Nunca Jamás.

Y el último libro, el decimotercero, sale hoy.

¡EL DECIMOTERCER Y ÚLTIMO LIBRO DE LA SERIE SALE HOY! *(Usa aquí el altavoz).*

Pero ella mantiene la dignidad. No va corriendo a la librería.

No, se comporta con elegancia. Va caminando, con la mochila colgada de un hombro. Y no lleva pegatinas de princesas en esa mochila, ¿vale? No es ninguna niña pequeña. Ya no. Por lo menos, no es lo que sus padres creen que es.

La mochila es lisa, elegante. Es negra con las correas grises, y en lugar de una princesa o un animal mono de ojos supergrandes, o de algún logo bonito, luce el sello de Nunca Jamás: un círculo dorado alrededor de un árbol con un corazón tallado en el

tronco. Dentro de la mochila van los lápices de temas de Nunca Jamás, en un estuche de lápices de Nunca Jamás. Le encanta mostrar su devoción a Nunca Jamás llevando esos chismes y productos. Si pudiera ponerse un tatuaje de Nunca Jamás lo llevaría, pero es demasiado pequeña, y su madre no le dejaría.

Casi puede oler la librería desde allí. Puede que no esté más que a cincuenta pasos de distancia. Tiene todo lo que necesita. ¿El dinero para comprar el libro? Lo comprueba.

¿Y el silbato (estridente de tan potente como sueña) que le ha dado su madre antes de que se fuera a clase por la mañana, para pedir socorro en caso de que se encontrara en algún peligro en su camino de vuelta a casa? Lo comprueba también.

¿Su marcapáginas de Nunca Jamás favorito, que solo está esperando a penetrar entre las páginas del nuevo libro que se va a comprar? Lo comprueba.

¿Una enorme sonrisa en su cara, que está intentando reprimir pero por desgracia no puede, pues está demasiado emocionada para hablar? LO COMPRUEBA.

Después del día que ha tenido, aquel libro será simplemente su premio por haber sobrevivido a las últimas ocho horas.

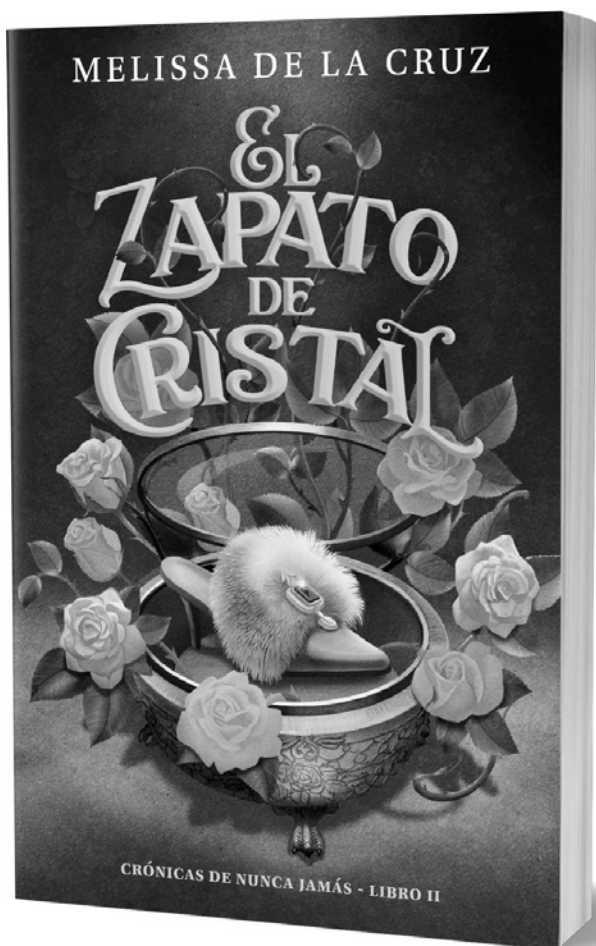
Porque su suerte está a punto de cambiar. Se encuentra a solo cinco pasos de la librería..., a dos saltos..., y el corazón empieza a palparle fuerte, sonando más cuanto más se acerca a la puerta.

Casi ha llegado. Y no tardará en leer el clímax, el final, la última página de la serie de libros que ha determinado (no: que ha adivinado) su infancia.

¡Se muere de ganas de saber qué pasará a continuación!

CRÓNICAS DE
NUNCA JAMÁS

—
LIBRO II



**DE LA AUTORA DEL BESTSELLER
LOS DESCENDIENTES**

En cuanto se levanta, Filomena respira hondo y mira a su alrededor. O sea, que aquello es Nunca Jamás. ¡El decimotercer y último libro, el que no se ha publicado! Casi nada. Ella está allí. Dentro de las páginas del libro. Viviendo las páginas del libro. ¡Está allí! ¡Es increíble!

«Lleno de fantasía y aventura a partes iguales. El viaje de su joven e inteligente heroína hechizará a los lectores. Un giro refrescante a los cuentos de hadas por todos conocidos».

KIRKUS REVIEWS



**CRÓNICAS DE
NUNCA JAMÁS**

LIBRO II

1578738

ISBN 978-84-698-9134-6



9 788469 891346

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com